



Nº 5

MAYO 2026

www.palosdeciego.es

**PALOS DE CIEGO
GACETA**



EDITORIAL

Lex Ciconiaria

Tendemos a pensar que lo antiguo siempre estaba cubierto de barbarie y que el progreso, gracias a Dios, nos ha ido civilizando. Sin embargo, muchos de los avances actuales en lo referente a la calidad de vida que disfrutamos vienen de esos antiguos bárbaros. Pongo por ejemplo la Lex Ciconiaria, que fue aprobada por el Senado romano aproximadamente en el **siglo II d. C.**, dentro del periodo del Alto Imperio romano. Esta ley era una antigua norma romana y griega que obligaba legalmente a los hijos a cuidar de sus padres ancianos. Se basaba en la observación del entorno, de la naturaleza que les rodeaba y con la que estaban en contacto; y, sobre todo, en la capacidad de aprender y aplicar lo observado.

Derivado del latín *ciconia* (cigüeña), el término refleja la observación del comportamiento de estas aves, a las que se atribuía la crianza de sus progenitores cuando estos envejecían. La ley representaba la reciprocidad del cuidado: así como los padres cuidan a los hijos en la infancia, la ley garantizaba que los hijos protegieran a los padres en la vejez.

¿Te suena?, pues sí, nuestra actual jubilación tiene ahí sus raíces. Gracias a las cigüeñas, actualmente podemos dedicar nuestra vejez a viajar, a hacer crucigramas o a ver obras. Al gusto de cada uno.

Pues basta con salir de las ciudades, con desviarse unos kilómetros de las autovías, para comprobar que esa promesa se rompe. En nuestros pueblos, la vejez no se parece a esa imagen idealizada que nos gusta proyectar. En nuestros pueblos, la vejez, en muchos casos, duele.

Duele en las piernas que ya no conducen, en los horarios de autobuses imposibles, en las consultas

médicas que desaparecen. Duele en las casas grandes que se quedan demasiado vacías, en los inviernos largos, en el silencio que no siempre es buscado.

Hemos construido un sistema que protege, sí, pero que a menudo no acompaña. Que se cobra, pero no se distribuye equitativamente. Que reconoce en teoría, pero olvida en la práctica. Y en ese olvido —en esa cita médica que no se cubre, en ese transporte que no existe, en ese trámite digital que nadie sabe hacer— se va perdiendo algo más profundo que un servicio: se pierde la dignidad.

Quizá el problema no sea solo institucional. Quizá también sea nuestro. Porque mientras las ciudades crecen y concentran recursos, los pueblos envejecen y se vacían. Y nosotros, los que nos fuimos, los que miramos de reojo desde la distancia, hemos aceptado esa deriva como si fuera inevitable.

Pero no lo es.

Hubo un tiempo en que bastaba mirar a una cigüeña para entender cómo debía organizarse una sociedad. No por romanticismo, sino por sentido común: quien ha cuidado, debe ser cuidado. Sin excusas, sin atajos, sin lugares que lo condicionen.

Hoy seguimos viendo cigüeñas en los campanarios y postes de nuestros pueblos; siguen ahí, puntuales, ajenas a nuestra vida y a nuestras leyes. Quizá deberíamos mirarlas un poco más; no para idealizar el pasado, sino para crear el presente.

Y tal vez, si lo hiciéramos de verdad, no podríamos evitar sentir cierta vergüenza.

SUMARIO

LOS CRA	MIRVA VALDEBURÓN	4
LOS ROLLS ROYCE	PILAR GARCÍA LLAMAZARES	6
LUGARES	MARTA GÓMEZ	7
MAÑANAS IDÍLICAS	CONCHA LUCAS	8
RESPIRAR PUEBLO,		
RESPIRAR CULTURA	MERCEDES G. ROJO	10
SER NEORRURAL EN EL SIGLO XXI		
Y NO MORIR EN EL INTENTO (I)	ALBERTO CENTENO	12
TARDES DE INVIERNO	C. FLANTAINS	14
UNA, DOS Y TRES	IGNACIO CHAVARRÍA	15
VOLVIÓ LA NIEVE	MONSE ROBLES CASTRO	16
OJO CRÍTICO (FOTOGRAFÍA)		
EL AGUA EN TUS MANOS...	JUAN CARLOS MARTÍNEZ	17



LOS CRA, LA UTOPIA DE LOS COLEGIOS RURALES

Mirva Valdeburón

La quimera es lo irrealizable; la utopía significa anticiparse al futuro con lucidez, inteligencia y valor.

Julio Anguita.

Los Colegios Rurales Agrupados CRA son colegios que integran a varias localidades pequeñas cuya finalidad es lograr que los niños que viven en pueblos situados en zonas despobladas, tengan acceso a una educación de calidad y eficiente en su propio entorno, sin necesidad de desplazarse a ciudades más grandes.

Estas pequeñas escuelas, que tienden a desaparecer, suponen una inyección de vida para los pueblos pequeños, permitiendo que la población joven pueda desarrollar un proyecto de vida en un entorno rural con la seguridad de que sus hijos tengan acceso a una educación infantil y primaria de calidad. Esto es fundamental para la subsistencia de los pueblos, pues son “estos locos bajitos”, que decía Serrat, los que nos permiten vislumbrar un futuro.

La metodología que puede ponerse en práctica en los CRA, dadas sus características (pocos alumnos, aulas compartidas con alumnos de varias edades y educación personalizada, entre otras), puede considerarse revolucionaria. En un mundo tan globalizado que tiende inexorablemente a la homogeneidad, estas escuelas pueden permitirse, además de impartir los conocimientos académicos, incluir actividades que luego tengan proyección en la vida real de los alumnos, de manera que los niños perciben la utilidad de lo aprendido y la necesidad de seguir aprendiendo.

Para realizar estas actividades, los alumnos tienen que salir al exterior de las escuelas e interactuar tanto con sus compañeros como con el resto de personas que viven en su entorno. Esto implica el desarrollo de una convivencia activa entre los niños, los maestros, las familias y los distintos habitantes del pueblo, lo que significa que las actividades propias del ámbito rural que se realizan pasan a formar parte del aprendizaje.

Por poner un ejemplo, en un colegio se propuso la actividad de hacer un bizcocho. La actividad comienza por buscar una receta, escribirla, hacer una lista con los ingredientes, realizar las cuentas matemáticas necesarias para calcular el peso, los costes, el dinero, salir a comprar todos los ingredientes, preparar el bizcocho y comérselo. Obtenemos un montón de información de un hecho cotidiano y aplicamos nuestros conocimientos de escritura, dibujo, matemáticas, manualidades y le damos sentido a nuestra investigación porque el resultado es que nos comemos algo muy rico.

¿Qué podemos aprender de esta actividad además de lo ya mencionado anteriormente?

Tenemos una lección de convivencia y respeto entre los niños más pequeños y los mayores porque necesitamos llegar a acuerdos y respetar los tiempos de cada uno. Todo ello nos lleva a la conclusión de que los niños aprenden mejor de otros niños. Los mayores se convierten en modelos a seguir y los pequeños se motivan porque quieren hacer lo mismo que sus compañeros mayores a los que admiran.

A los niños mayores, el hecho de convertirse en maestros de sus compañeros y participar de forma activa en las clases les ayuda a afianzar los conocimientos para que sean significativos, a cultivar la paciencia, a adaptarse a los ritmos de los demás y a desarrollar la comunicación.

Las aulas internivel mezclan niños de diferentes edades, sexos y culturas, creando un entorno diverso donde se establecen menos roles, tanto de género como de juegos, de personalidad, etc. Estos niños y niñas se encuentran en un momento de desarrollo evolutivo diferente que les lleva a aceptar las diferencias entre ellos, a normalizarlas, lo cual es muy interesante porque son menos influenciados por las modas y refuerza su personalidad.



Por otro lado, la capacidad de dar una enseñanza individualizada, disponer de mayor tiempo de dedicación a cada alumno, permite al maestro detectar las dificultades y los problemas de desarrollo o anomalías en cuestiones académicas y de contenido.

Alcanzar estos objetivos que hemos ido relatando supone tener al frente de estos colegios a maestros, familias y Ayuntamientos pequeños que luchan codo con codo para solucionar los problemas a los que se enfrentan los CRA, siendo necesaria la implicación de todas las partes.

Partiendo de la base de que la escuela pública está infrafinanciada, podemos imaginarnos fácilmente la falta de recursos humanos y materiales de los CRA. Gran parte de estas escuelas se hallan en edificios antiguos que necesitan reformas urgentes o, en el mejor de los casos, trabajos de mantenimiento. El problema surge porque dichos edificios dependen íntegramente de los ayuntamientos y la mayoría son tan pequeños y tienen un presupuesto tan limitado, que dependen a su vez de conseguir subvenciones y ayudas específicas destinadas a garantizar la educación en zonas con baja densidad de población, que suelen llegar tarde, si es que llegan.

En cuanto al material didáctico, es escaso y los maestros se ven en la necesidad de fomentar la imaginación a fin de llevar a cabo los proyectos educativos. Es habitual ver a los profesores itinerantes de educación física que cubren varios colegios, viajar en su propio vehículo con el material que deben compartir con varios centros.

A pesar de las dificultades, las distancias y la falta de medios, entre otros, estos colegios rurales importan, gracias al esfuerzo que realizan los maestros, una enseñanza prácticamente personalizada, atendiendo a las necesidades de cada alumno. Las claves para ello, la dedicación, la ilusión y la creatividad, cuyo resultado en la práctica es un modelo de educación mucho más dinámico y novedoso que fomenta la comunicación y despierta el interés de los alumnos por el aprendizaje, conectando los conocimientos académicos con el entorno sociocultural.

Me vienen a la memoria las palabras de Julio Anguita explicando la diferencia entre utopía y quimera. La quimera es lo irrealizable; la utopía significa anticiparse al futuro con lucidez, inteligencia y valor. Y se me ocurre que la utopía del mundo rural son los CRA, pues cumplen todos los requisitos. Sería interesante aprender de ellos y asumir nuestra responsabilidad como habitantes del mundo rural manteniendo abiertos estos colegios que son la semilla necesaria para que los pueblos sigan vivos.



Mirva Valdeburón

LOS ROLLS ROYCE

Pilar García Llamazares

Mientras estoy tranquilamente sesteando después de la comida, oigo el ruido de los vehículos que no me resulta para nada desconocido; son los tractores que pasan por la parte de atrás de mi casa. Los Rolls Royce de la maquinaria, con sus neumáticos adaptados a todo tipo de terrenos, sus faros LED capaces de desafiar la penumbra, con su doble tracción en el eje delantero, cuadros de mandos digitales que asemejan un avión, en fin, con todas esas características que podemos encontrar en un catálogo de ventas.

Si retrocediéramos veinticinco años, hubiese sido impensable ese confort para el agricultor de entonces, acostumbrado al gélido frío, al viento que en el campo es una corriente continua, y el calor, ay, el calor, no tengo palabras.

El agricultor y el tractor forman un tándem; conjuntamente roturan la tierra, siembran, riegan, dejan que pase el sol y la luna, abonan, escardan, controlan las plagas, recolectan, gestionan precios, podan, seleccionan semillas, dejan que pase el sol y la luna.

A pesar de estos avances, sigue siendo un trabajo muy duro y un arte, el arte agrario, y cada vez más una profesión para gente con conocimientos.

Igual de importante que el tándem es la meteorología; el campesino, siempre mirando al cielo, si llueve mucho, se ahoga el fruto; si no llueve, se seca. Llover lo justo es casi una utopía. Qué sabrá la gente que opina que los labriegos son unos insatisfechos.

Gracias a las ayudas, que muchos miran con envidia, desde fuera es muy fácil idealizar; los bichos del campo también hay que pagarlos, valen un pastizal.

En invierno, cuando yo estoy agustísimo sentada al lado de la chimenea y fuera el termómetro marca 5 °C, oigo esos mismos Rolls Royce de campo preparando las tierras para las futuras cosechas y a la cabeza el agricultor, persona curtida que desafía al tiempo.

Yo venero mucho esta profesión porque, además, son personas todo terreno; vigilan y reparan su maquinaria hasta donde la tecnología lo permite, no se permiten un día de descanso; si no es el campo, es el almacén donde están también esos aperos que enseguida se quedan obsoletos.

A partir de ahora, los drones van a tener un papel muy importante: menos trabajo manual, pero más personas especializadas. Nuestro campo nos va a parecer cada vez menos nuestro; la ciencia ficción ha llegado también a las zonas rurales.

Me viene a la mente la canción de los tres sudamericanos: "Noche de un labrador, noche sin final, su vivir terminó y el arado lloró".

Si ahora tuviésemos que elegir una profesión, ¿seríamos campesinos?



Pilar García Llamazares

LUGARES—ANCLA

Marta Gómez

«A veces, los fuereños no entienden mi cansancio ni mi polvo. [...]

En piedra me convertí. [...]

Aquí estaré con mi amor a solas, como recuerdo del porvenir, por los siglos de los siglos.»

Los recuerdos del porvenir, 1963, Elena Garro.

Lo positivo de mantener lugares-ancla en una familia es que te puedes encontrar contigo misma si hay un pliegue del espacio-tiempo. O si imaginas:

¡Hey! Hacía mucho que no te veía.

Está claro que todos tenemos antepasados, y que éstos habitaron espacios que, en su mayoría, se pueden transitar. Sitios que conocieron a tus padres o abuelos de niños, incluso grados familiares más lejanos. En el caso de los pueblos, esa relación natural con ríos, caminos, huertas, prados, a veces se tornaba peleonera y reticente a las obligaciones cíclicas de ir a la yerba, hacer el leñero, tornar las vacas, coger los huevos... Aparte de imprimir robustez física, apunta algo en el alma: el amor al terruño. En la ciudad también, pero el asfalto, las aceras, en definitiva, lo urbanizado tiene algo de artificial y limpio que iguala y elimina justo lo que más sobresale en la infancia: el asombro.

A menudo, camino por un sendero que une los pueblos de mi concejo. Me recuerdo de niña, yendo o volviendo del colegio: jugando al «veo-veo», al «palabras encadenadas», o aprendiendo a diferenciar los árboles y flores.

Por eso, desde la madurez, creo que es una suerte poder reconocerte en otros tiempos en los mismos lugares: ahí me caí de la bicicleta y fue la primera vez que comí tierra, por allí hay muchas moras, desde esa higuera se cayó mi primo... Además, esta situación se extiende a la memoria familiar o local, con anécdotas muchas veces escuchadas de situaciones vividas por algún vecino. La tierra nos define, nos acota y nos abraza.

Supervivientes del bombardeo de Gernika relataron que, al salir de los lugares donde se habían resguardado del ataque, no sabían ni dónde estaban ni reconocían nada a su alrededor. Era, literalmente, otro pueblo, otro sitio. Imaginemos esa situación, la sensación de estar en casa y, en unas horas, sin haberte movido, casi en un pestañeo, ver y tener que habitar lo desconocido. Hechos similares se pueden asemejar en desastres naturales, pero ante los provocados por el hombre hay algo de perplejidad, impotencia y descreimiento: es hacerse de golpe adulto y borrar toda inocencia.

Qué pensará hoy una niña de Gaza o de Irán – si es que en un bombardeo puedes pensar, si se puede aplacar el sentimiento y buscar una lógica -: ¿sabrá dónde está? ¿algún día será adulta y se podrá recordar?

Marta Gómez





MAÑANAS IDÍLICAS

CONCHA LUCAS

Esta mañana podía ser una mañana idílica de sábado, con el café lento de la ausencia de horarios. Una mañana idílica en mi cocina idílica, con estufa de leña encendida y ventanas al monte y, al fondo, melancólicos mugidos y ladridos lejanos.

Podía ser todo eso si no estuviera puesta la radio con el recuento de muertos en Gaza, genocidio reality retransmitido en directo ante nuestro estupor y nuestra pasividad; el que calla otorga.

Siempre nos sorprendió que el Holocausto nazi ocurriera ante la inacción del resto. La excusa fue que no había información y, cuando la hubo, no acabaron de creer lo que estaba ocurriendo.

Pues aquí estamos nosotres, conscientes y concedores desde el primer momento. Paralizados ante el horror, sin coger por las solapas a nuestros gobernantes para que lo frenen, sin salir a la calle masivamente, demostrando que el poder ha hecho un trabajo estupendo con sus peatones, y nos ha apeado de cualquier posibilidad de acción. Vamos, que nos ha convertido, y nos hemos dejado convertir en unos perfectos inútiles, de forma mayoritaria.

Ahora fumas, ahora no fumas, ahora puedes, ¿puedes o te da la gana, mala persona? Insultar llamando gitano, ahora ya no, ahora puedes piropear. ¿Piropear? ¿Decirquemelachupesepiropear? a las mujeres por la calle, ahora no, que te multan, ¿y si te llamo guapa pa subirte la autoestima? También te multan, quehayqueveryanosepuededecirnada.

El poder, revestido de sus múltiples formas, como un Mortadelo estatal disfrazado de papá, de mamá, de profesor, de jefe, de novio, de vecino de abajo, de amigos del bar, nos va llevando de la manita a comportarnos como a él le conviene.

Y aquí estamos nosotres, niños obedientes para

que los Reyes Magos nos traigan juguetes, tomando café un sábado, mirando románticamente al monte mientras continúa la eliminación de un pueblo, parados como pasmarotes sin saber por dónde tirar.

Soy consciente de que no es el único genocidio, de que nos rodean pueblos que huyen o son masacrados mediante matanzas y persecuciones, y hablar de este es hablar de todos.

Vino la crisis de 2008; todos pensamos: “No van a desahuciar”, desahuciaron; vino la pandemia; todos pensamos: “No van a dejar morir a los ancianos en las residencias”, los dejaron morir; vino la Dana, vinieron incendios, vino la manada: “No rebajarán las penas”, las rebajaron.

Parece mentira que aún no hayamos caído en la línea de actuación de los responsables de la gestión general. No damos crédito y preferimos pensar que nos estamos equivocando.

¿Cómo el Estado no va a cuidarnos?

Sería impensable que nos dejara caer.

Todavía creemos que papá poder está ahí para gestionar nuestras vidas y garantizar que sean razonablemente aceptables.

Hola... ¿hay alguien ahí?

El poder es un narcisista maligno, la triada oscura, un portal orgánico que nos ha detectado y nos depreda sin que nos demos cuenta.

Es el psicópata encantador que nos emboba, que nos hace sentir especiales, nos enamora hasta las trancas para después ir cogiendo de nosotros lo que le interesa, cada vez más, y más, y más, y nosotres ahí, que queremos seguir gustándole y aguantamos lo que sea como adictos al novio tóxico que somos, creyendonos sus palabras sin fijarnos en sus hechos.



Sin analizar sus acciones, y ahí nos quedaremos hasta que decida que tiene suficiente de nosotros y escupa nuestros huesos sobre el montón de huesos de sus anteriores víctimas, con un despiado, un desahucio, un desalojo por subida del precio de la vivienda, una enfermedad no atendida por la privatización de la sanidad, la represión en la calle a porrazo limpio, el destrozo de nuestra naturaleza y un larguísimo, kilométrico etcétera.

Acciones que nos dan muchas pistas de su intención y a las que permanecemos inexplicablemente ciegos.

Y habrá quien pregunte: "¿Qué poder?" ¿Cuál de todos? ¿El legislativo, el ejecutivo? ¿El judicial? ¿O el cuarto poder? ¿O quizás el quinto? O el poder de la conspiración, el poder del amor, ¿el de un centauro?

Todos ellos y alguno más, a veces de uno en uno, a veces todos a la vez, incluso el poder de un monigote que en la puerta de un bar te indica dónde

mear, o el de un semáforo que te indica que el sujeto oficial no lleva falda. Dispositivos de control, dice Foucault.

El control que se extiende sin control: la vigilancia de los demás, nuestra educación, ¿educación?, la social, la académica, la emocional, nuestra propia vulnerabilidad frente a las expectativas de los demás.

Así vamos, el muñeco amarillo del Google Maps, el pobre, convencido de que puede caminar por cualquier sitio, aún no se ha dado cuenta de que no tiene ningún poder de acción sobre esos lugares.

Así estamos, creyéndonos reales en este Show de Truman, negándonos a constatar que acabamos de estrellarnos contra el cartón.

Sigo tomando café, ahí sigue la ventana, el monte, las vacas lejanas.

El muñequito amarillo debería ir virando al naranja, para acabar en el rojo y, sobre todo, para dejar de ser el muñequito plano e inútil que perpetúa este mundo de cartón donde tantos sufren y, ¿por qué no?, ya puestos... Hacerlo tridimensional y, como Giotto en el Renacimiento, construir esa volumetría que sacó a las figuras del fondo plano de los cuadros para ponerlos en el mundo real y hacer otro Renacimiento con un gran cambio de perspectiva, pero este mucho mejor, un cambio en el que no sea el hombre blanco el centro de todas las cosas, sino la propia vida en todos sus formatos, ahí es na.

Concha Lucas





RESPIRAR PUEBLO, RESPIRAR CULTURA *MERCEDES G. ROJO*

Hace apenas unos días, exactamente un sábado por la tarde, avanzaba dejando a un lado el embalse del Porma e internándome en tierras de Luna y Babia, en dirección a San Emiliano. Entre sol y nubes, las aguas resplandecían en la cálida tarde que más parecía una tarde de verano apenas turbada por una pasajera tormenta que se alejaba dejando tras de sí una brillante alfombra de infinitos verdes salpicados por el color de las flores que ya anuncian la primavera. No era una tarde de asueto cualquiera sino más bien una tarde de trabajo, en la que acudía –como invitada– al calecho que, una vez al mes, organiza la Asociación Calechos de Babia y Luna. Bueno, digo una tarde de trabajo por expresarlo de alguna manera, porque para mí acudir a las citas culturales que se programan desde los diferentes pueblos de nuestra provincia es más placer que otra cosa. Y en concreto esta, al estilo “calecho”, con tertulia salpicada de la música de acordeón y pandereta, para dar luego paso a la cena y tras ella a una velada de bailes y canciones entre gente que canta, baila y charla distendidamente, como si el tiempo no hubiera pasado, lo es aún más.

Llevo trabajando en actividades culturales, muchas de ellas ligadas a lo literario, toda mi vida profesional. He trabajado en la ciudad (en las ciudades) no solo de nuestra provincia sino también de otras adyacentes, pero también, y sobre todo, en las zonas rurales. Da igual la estación del año y la comarca, todas las he recorrido y numerosos son los pueblos que he visitado, a veces de forma repetida y, en muchas ocasiones, cuando los accesos eran mucho más complicados de lo que lo son ahora. Nunca me importó, porque en todos mis viajes aprendía algo aunque teóricamente era yo la que iba a compartir mis conocimientos con las gentes que me esperaban en cada uno de ellos. Han sido tantos los pueblos recorridos que, cuando, en ocasiones, conozco por primera vez a alguien nuevo y

surge la consabida pregunta de *¿tú, de donde eres?*, a menudo se me escapa una sonrisilla si, casi como a modo de justificación, se me contesta: *Bueno, yo de un pequeño pueblecito en... Seguro que ni has oído hablar de él;* como si por el hecho de que el lugar sea pequeño o esté alejado de las rutas más habituales, necesariamente tuviera que ser desconocido para todo el mundo. Automáticamente mi respuesta es insistir en conocer la correspondiente localidad, pues si muchos han sido los recorridos en mi faceta profesional no lo han sido menos los recorridos a nivel particular, ya que siempre he antepuesto perderme por los hermosos paisajes y lugares que nos ofrece nuestra provincia antes que priorizar grandes viajes al extranjero. Y si esos viajes me dan la posibilidad de encontrarme y hablar con sus gentes, pues mejor que mejor. Y pocas veces me he topado con lugares en los que si no he estado al menos no haya pasado muy cerca de los mismos. Una bonita manera de conocer hasta los más recónditos rincones de nuestra provincia.

Y así, ese sábado que acabo de mencionar, mientras las ruedas de mi coche tragaban kilómetros en busca de su destino y yo me embobaba una vez más con el paisaje que generó ese dicho de “estar en Babia”, recordaba el inicio de mis recorridos profesionales precisamente por los pueblos de estas montañas, y hacía recuento de las bonitas experiencias vividas. Y no solamente aquí y entonces. Porque ahora mismo, en apenas un par de meses, he recorrido diferentes pueblos tanto de nuestra geografía rural como de la asturiana. Desde lugares como Besullo, me he venido a Val de San Lorenzo, Santa Colomba de Somoza (con mi siempre añorado Teleno en el horizonte), La Robla o San Emiliano. Y aún me esperan muchos más para estos meses de primavera y verano. En todos ellos he encontrado siempre una cálida acogida y lo que aparentemente es una actividad labo-



ral se convierte en una actividad de disfrute y calor compartido y de experiencias que me enriquecen. Casi siempre ha sido así. Por eso me fastidia la gente que dice que los pueblos se mueren, que no tienen vida, y dejan de apostar por ellos porque ofrecerles (por ejemplo) cultura no es rentable. Yo creo justo lo contrario, que allí donde haya aunque solo sea media docena de personas ávidas de juntarse para hablar y escuchar, para compartir tiempo y experiencias, allí es donde hay que acudir también, porque la CULTURA no puede ni debe escribirse con mayúscula, con grandes nombres ni con grandes fastos; la cultura es también compartir lo que cada cual sabe y que permite a otros ampliar sus horizontes, disfrutar juntos, experimentar nuevas sensaciones... Y por eso, gracias al empuje de tantas y tantas personas que tal vez un día se fueron y ahora vuelven, o de aquellos que quizá han permanecido siempre en ellos, en nuestros pueblos surgen ahora propuestas ¡tan bonitas! capaces de hacernos disfrutar y compartir espacios y experiencias, mostrándonos que hoy, en nuestros pueblos,

también se puede vivir de otra manera. Y en esas estoy yo, acudiendo gozosa a compartir lo poco o mucho que tengo que ofrecer allá donde me reclaman, a menudo de la mano de protagonistas que ya no están pero que también surgieron de los pueblos, porque en ellos nacieron, en ellos se formaron y en ellos compartieron lo aprendido en otras tierras y en diferentes momentos de su vida.

Esta quiere ser hoy mi presentación para un proyecto tan hermoso como “Palos de ciego” que contribuye a esa presencia, a ese desarrollo cultural de pueblos que no están muertos, que simplemente han cambiado su perspectiva y en los que se encuentra gente que, aunque sea menos que antaño, siguen mostrando vitalidad incluso y sobre todo en lo cultural. Desde múltiples aspectos. Y para disfrutar con ellos, solo tenemos que dejarnos querer un poquito, y estar dispuestos a compartir un poco de nuestro tiempo y nuestras experiencias.

Mercedes G. Rojo



SER NEORRURAL EN EL SIGLO XXI Y NO MORIR EN EL INTENTO (I) ***ALBERTO CENTENO***

“Para nosotros, una vida en el campo debe significar otro modelo de vida, no solo un traslado físico. Quizás vivir con menos para ser más felices. Vivir de otra manera, de forma más autónoma, donde seamos más dueños de nuestro tiempo”.

Aunque soy de un pueblo, La Bañeza, en el que viví mis primeros 14 años, mi traslado a León me convirtió en un urbanita contemplativo del medio rural. Cuando me jubilé y dejé la docencia, que experimenté durante 40 años, decidí ir a vivir a un pueblo de la zona del Condado, a 26 km. de León, donde resido desde hace 14 años.

¿Por qué ubicarse en este lugar? Pudo haber sido en cualquier otro pueblo, pues mi mujer y yo estuvimos visitando diferentes poblaciones en un radio de 50 km. de la capital. Sin embargo, tanto a ella como a mí, Castro del Condado nos pareció una localidad tan singular como discreta, en la que se podría disfrutar de una cierta tranquilidad y de unas vistas espectaculares de la montaña leonesa. En invierno no llegamos a los 30 vecinos los que estamos viviendo en ella. Un ejemplo de arquitectura de adobe y piedra, aunque a día de hoy algunos de sus edificios se han ido transformando en su ex-

terior para hacer frente a las condiciones climatológicas.

Elegir un lugar es también elegir un modo de mirar: la serenidad como refugio frente al exceso.

Ahora he pasado a ser un neorrural que, a pesar de las dificultades de adaptación e integración en un nuevo entorno social, apuesta por la reflexión, la escucha, el diálogo y el compromiso sobre la problemática de un medio rural que poco a poco se va despoblando y que requiere soluciones urgentes.

¿Cómo concibo esta figura de neorrural? En principio, creo que no existe un único perfil para estas personas; las motivaciones para instalarse en el campo pueden ser diversas y obedecen a las expectativas y experiencias personales que cada uno tenga. Vivir en el campo no es cuestión de suerte, sino de decisiones que también tienen su precio. Cada experiencia es única y me gustaría compartir la mía, de alguna manera, con los lectores de este medio de comunicación, a través de los artículos que se vayan publicando. Será un placer intercambiar puntos de vista.



Ser neorrural implica una ética de presencia: no sólo habitar el territorio, sino intentar contribuir a su futuro.

Tanto mi mujer como yo somos conscientes que hemos cambiado nuestro entorno de vida urbanita por otro absolutamente rural. Somos una pareja de aprendices, no nos gusta simplificar y no dividimos el mundo entre la ciudad y el campo. Todo es más complejo. La ciudad sigue formando parte de nosotros y no renegamos de ella, pues allí hemos crecido y vivido la mayor parte de nuestra vida. Todavía nos encanta acercarnos a la ciudad de vez en cuando, pues allí tenemos amigos y familia.

Solo quien acepta sus raíces múltiples puede hallar equilibrio entre el bullicio y el silencio.

Para nosotros, una vida en el campo debe significar otro modelo de vida, no sólo un traslado físico. Quizás vivir con menos para ser más felices. Vivir de otra manera, de forma más autónoma, donde seamos más dueños de nuestro tiempo. Una vida sin la obligación de largos traslados y donde nuestro ritmo de vida se adecúe a los tiempos de la naturaleza. Un sueño posible que merece la pena perseguir.

El campo no es evasión, sino retorno consciente: una manera de aprender a vivir despacio.

Alberto Centeno



El autor de este artículo comparte su decisión de dejar la ciudad y apostar por una vida rural más consciente. También invita a reflexionar sobre el fenómeno neorrural. ¿Qué significa realmente ser *neorrural* en el siglo XXI? ¿Una búsqueda de autenticidad, una necesidad económica o un cambio de valores? ¿Qué papel deben jugar las instituciones para revitalizar los pueblos despoblados y atraer nuevos pobladores? En definitiva, ¿es el neorruralismo una huida o una forma de compromiso con el territorio?

(Tardes de invierno, días de lluvia)

Se sujeta la gota de lluvia en el alero.

Cimbrea. Entre la brisa y el abismo se resiste hasta que se inflama y henchida, se desprende asumiendo todo el gris del día, de la estación entera.

Es posible que en su caída, elegante y perfecto salto hacia el definitivo suelo, exprese con precisión lo que presiento en la oscuridad del instintivo razonamiento, y que no me atrevo ni a soñar: la parte de esa gota que recorriendo un tramo del singular abismo, me define.

(Es esa descompostura común, el mismo sigilo clandestino)

Es posible que cuando se multiplique hasta el infinito, colmada ya la comunión con el postrimero polvo, en el suelo tan lejos del alero y de la nube, deje escapar la primera luz, la primera esperanza, la primera razón. Y vea así consumado el vértigo que le dio tal abismo desde el alero, desde la nube, desde el mismísimo cielo (insisto).

Vuelve el silencio de la tarde, la mirada prendida tras el cristal de la ventana, el olvido distraído, que reposa sobre la onda que contra la orilla se extingue sin remedio, en el embarrado charco.

Ha pasado un instante.

Indago en el transcurrir manso

de los acontecimientos y en este constante presentimiento que traen los días grises como este. Lejos ya de la gota, subo la mirada sin premeditación, casi con hastío como si pudiera leer la respuesta en el cielo, y vuelvo otra vez a tropezar con el alero, la gota, la brisa, el henchimiento cimbreante, la caída..

TARDES DE INVIERNO

C. FLANTAINS



UNA, DOS Y TRES

IGNACIO CHAVARRÍA

Una, dos y tres, una, dos y tres, lo que usted no quiera para el Rastro es.

Cuando era adolescente, esta canción —con la voz canalla de Patxi Andión— se me grababa en la cabeza y en el alma. Me hablaba de otros mundos, otras formas de vivir: oscuras, libres, al margen de la sociedad, al filo de la ley. Como esos forajidos de los westerns coloreados que veía de niño.

Aquí, en los pueblos olvidados, cuatro veces al año, con suerte, se desencadena un evento que genera pequeños rastros improvisados. Las casas abren sus estómagos ahitos y vomitan en plazas y calles trastos viejos y pequeños tesoros cubiertos de telarañas, paja y mierda de vaca.

Una, dos y tres, una, dos y tres, lo que usted no quiera para el Rastro es. Esto es el Rastro, señores. Vengan y animense, que aquí estamos nosotros. Somos Papá Noel.

Cuatro veces al año unos tiran basura, otros recogen oro. Es un juego: el juego de los traperos, chatarreros improvisados que recuperan muebles y enseres viejos y, con paciencia y arte, los reciclan y reutilizan. Cuatro veces al año mu-

chas casas se visten de lujo con lo que otros tiran.

Si usted quiere engañarnos, nos dejamos de NEM. Usted salva su ego y nosotros la piel. Usted se va contento y nosotros —ya ve— nos pagamos la cena con el ego de usted.

Y es que aquí no hay egos, no hay anillos que se caigan de los dedos. Aquí las cosas tienen muchas vidas. Nadie te juzga porque revuelvas la basura; al contrario, el que lo ve se alegra de que el armario de su abuelo se alimente de ropa nueva, de que ese espejo abandonado en el pajar refleje otros rostros, de que la cama que ya no le sirve soporte otros sueños.

En esta época en que nada se reutiliza, en que se fabrica con fecha de caducidad, en que siempre hay un modelo nuevo o un coche mejor; donde las cosas no se arreglan, donde la ropa se usa una vez y se tira, donde las modas cambian a diario... En esta época de mierda, me alegra ver este ciclo vital, esta trashumancia de objetos, cada cuatro años, en las plazas de los pueblos.

Una, dos y tres, una, dos y tres, lo que usted no quiera, pa mi calle es. Una, dos y tres, una, dos y tres, lo que usted no quiera para el Rastro es



.Ignacio Chavarria

VOLVIÓ LA NIEVE

MONSE ROBLES CASTRO

La nieve cae sosegadamente. Es curioso el silencio cuando está nevando. Un silencio aterciopelado. Qué diferente de la ruidosa lluvia.

Sí. Este año en el pueblo ha vuelto a nevar.

La nieve, compañera blanca de nuestros inviernos. Antaño, siempre fiel a la cita, últimamente se ha vuelto esquiva.

En los lejanos inviernos de mi infancia la recuerdo cayendo silenciosamente. Es curioso el silencio que se crea, un silencio especial, cuando está nevando. Grandes copos caen lentamente, como trozos de trapo o como plumas blancas. Qué diferente de la ruidosa lluvia. Noches paradójicamente suaves, de temperatura cálida nunca por debajo de 0 o 2 grados. Decían los antiguos (mis mayores): Esta noche va a nevar, no hace frío, el cielo está de color panza de burra.

Recuerdo las madreñas. Imprescindibles para moverse en invierno. Con ellas los pies siempre estaban calientes y secos, dentro de la confortable madera. Se caminaba primero sobre la nieve blanca y crujiente recién caída, y luego sobre la sucia y embarrada, un auténtico lodazal. Nuestros mayores, decían: La nieve es negra.

Pero los pies siempre iban limpios y secos. Un buen invento ese de las madreñas. Era curioso los domingos, a la hora de la misa, ver en la puerta de la iglesia, bajo los arcos del porche, las madreñas de los vecinos alineadas en sucesivas filas paralelas. Muchísimos pares, y cada uno tenía su lugar, donde siempre las dejaba, para no confundirlas con otras.

Pues bien, hace unos cuantos años que la nieve apenas cae en nuestra zona. Se ha convertido en una auténtica rareza. Aunque este invierno, con las sucesivas borrascas que han atravesado nuestro país, ha vuelto a nevar. Han caído hasta tres nevadas.

Dentro de casa, la cocina de leña siempre encendida, el olor de la madera quemada. Un “cazuelo” de sopas de ajo para desayunar. El cazuelo, ese reci-

piente de barro con una forma peculiar que no he encontrado en ningún otro lugar. Su forma ayuda a conservar el calor y a que no se derrame el contenido. Una buena olla de garbanzos para el mediodía, con un poco de la alegría que dan el tocino y el chorizo. Menú de invierno. Invariable día tras día e imbatible para combatir el frío en el mundo rural.

Días sosegados y un tanto perezosos. Nuestro gato durmiendo horas y horas sobre el sillón, siempre cerca del fuego. Y, al otro lado de los cristales, un mundo silencioso y blanco. Solamente de vez en cuando, el paso de las vacas lecheras que puntualmente y en ordenada procesión pasan hacia la cuadra deseosas de que les retiren el peso de sus abultadas ubres.

Los inviernos de la montaña leonesa, inviernos para profesionales. Éste se ha parecido un poco más a los de antaño.

Ahora sólo nos resta esperar a que vayan llegando las golondrinas y el sol. Y que como decían los antiguos un año de nieves sea también un año de bienes.

Monse Robles Castro



OJO CRÍTICO

El agua en tus manos es un tesoro cuidala antes de que se escape

JUAN CARLOS MARTINEZ

